

Agosto, mes de la Asunción. La meditación de este octavo primer sábado del Jubileo se centrará, por tanto, en este maravilloso misterio. Comencemos contemplando a Nuestra Señora en los últimos instantes de su vida. Desde Pentecostés, Ella siente una inmensa sed de reencontrarse con su Hijo. Pero, como de costumbre, vivirá esta última separación en la paz interior de su último «Fiat». Aprovechará este tiempo para fortalecer a los Apóstoles y a la Iglesia naciente que le ha sido confiada, mientras prepara su alma.

Y he aquí que llega su última hora. Su paz y su alegría no dejan de aumentar. Ella sabe que por fin volverá a ver a su Hijo junto al Padre. Los apóstoles la rodean y rezan con cierto temor al ver partir a quien es su Madre y el pilar de la Iglesia. Después de haber vivido la partida de su Maestro y Señor, fueron vivificados por el Espíritu Santo en Pentecostés. Pero la partida de María los dejará huérfanos. A partir de ahora, la Iglesia en la tierra les será confiada. Su misión los espera. La Santísima Virgen los mira con una dulzura inefable y les hace comprender que, desde lo alto del cielo, velará por ellos y por la Iglesia. Un gran predicador benedictino, Dom Guéranger, describe así la escena:



*«No hay solemnidad que respire a la vez como esta el triunfo y la paz, que responda mejor al entusiasmo de los pueblos y a la serenidad de las almas consumidas en el amor. Ciertamente, el triunfo no fue menor el día en que el Señor, saliendo del sepulcro por su propio poder, derribó el infierno; pero en nuestras almas, tan repentinamente arrancadas del abismo de los dolores al día siguiente del Gólgota, la rapidez de la victoria mezclaba como una especie de estupor (Marcos 16, 5) con la alegría de este día tan grande. En la muerte de María, no hay más impresión que la paz; no hay otra causa de esta muerte que el amor».*

En esta paz, tras una última mirada de la Madre hacia los Apóstoles, levantando los ojos al cielo, entrega pacíficamente su alma a Dios y, en un gran silencio, desaparece ante los ojos de todos. A partir de ahora, el resto de la Asunción tendrá lugar en el cielo. El Hijo acoge a su Madre. Una vez cumplida su misión en la tierra, se reencuentran por fin para la eternidad. ¡Oh, cuánto debió esperar nuestro dulce Jesús este momento! ¡Y cuánto tuvo que prepararlo! *«Para llevarte al cielo, oh Madre de Dios, es el mismo Rey del cielo con toda su corte, es tu divino Hijo quien vino a buscarte con el ejército de los ángeles»*, nos dice San Rupert. San Anselmo (Doctor de la Iglesia, 1033-1109), explica que el Redentor quiso subir al cielo antes que su Madre, no solo para prepararle un trono digno de Ella en su palacio real, sino también para hacer más triunfal y gloriosa su entrada en el cielo, recibéndola Él mismo con todos los ángeles y los bienaventurados del paraíso. He aquí su descripción de la Asunción:

*«Él mismo, acompañado de miríadas, o más bien de innumerables coros de ángeles, se lanza al encuentro de esta Virgen augusta que se eleva de la tierra; la hace subir a lo más alto de los cielos y la sienta en un trono de honor, desde donde Ella debe reinar eternamente con Él sobre todas las criaturas. ¿Ha habido jamás una recepción más solemne, una exaltación más sublime? Este día de triunfo y felicidad suprema para ti, nuestra dulce Reina, es motivo de alegría y admiración continua para todos los siglos; pues hoy no solo estás colmada de una gloria incomparable, sino que el mismo Cielo con todo lo que contiene está adornado con una gloria nueva por tu presencia, que aumenta su esplendor más allá de todo pensamiento y de toda expresión».*

¿Hemos observado que, en tres ocasiones, el Corazón de María ha sido separado y luego reunido con el Corazón de Jesús? La primera vez fue en el templo. Misterio gozoso. Luego vienen los misterios dolorosos y la separación por la muerte de Jesús en la cruz, que traspasará el Corazón de María. A continuación llegan los misterios gloriosos. Cristo resucitado se reencuentra con su Madre. Por último, la tercera y última separación, la Ascensión, seguida de la unión eterna que se realiza en esta fiesta de la Asunción.

Estas «separaciones/uniones» de los Corazones de Jesús y María, que marcan el ritmo de las tres series de Misterios del Rosario, son una enseñanza para nuestra vida espiritual. En efecto, en la tierra nuestro

progreso hacia Dios se realiza a través de una sucesión de momentos de «desolación», una especie de separaciones en las que sentimos un vacío o incluso una aparente ausencia de Dios, seguidos de momentos de «consolación», verdaderos reencuentros con Él, en los que sentimos fuertemente su presencia y su amor en nuestra alma. Los grandes santos no son una excepción. Santa Teresa del Niño Jesús pasó por una terrible prueba de desolación durante todo un año. Es la famosa «noche» de Santa Teresa.

¿Por qué estas variaciones, también llamadas «respiración espiritual»? Porque Dios quiere elevar nuestra alma lo más alto posible en la tierra para que, al morir, estemos lo más cerca posible de Él y merezcamos así un lugar más perfecto junto a Él por toda la eternidad. Para ello es necesario que nuestra fe sea lo más grande posible aquí en la tierra, es decir, que sepamos creer en Él sin verlo con los ojos, pero también sin verlo con nuestros sentimientos humanos. Estas son las palabras de Cristo a Santo Tomás: *«Bienaventurados los que creen sin haber visto»*. Pero para sostenernos en este difícil camino, nos concede períodos de descanso en los que podemos verlo con nuestro corazón y recuperar fuerzas en esta felicidad interior sensible. Dejémonos guiar por Él sin inquietarnos cuando se nos oculta.

Recordemos que Cristo pasó por eso y sufrió la mayor de todas las desolaciones: la del huerto de los olivos. ¡Qué ejemplo para nosotros! Y en el momento de su muerte, esa otra desolación suprema: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* ( ). Grito de angustia, pero también de fe absoluta en una obediencia perfecta. La Santísima Virgen también pasó por este camino exigente el Sábado Santo. A pesar de la insoportable realidad de la muerte de su Hijo, a pesar de una desolación espantosa, siguió creyendo, sola. Este Sábado Santo, verdadero «huerto de los olivos» de María, fue seguido por el inmenso consuelo de la Resurrección.

Sí, Cristo y la Santísima Virgen nos muestran cuánto la verdadera vida espiritual no se basa en una búsqueda del bienestar sentimental, que no es más que una ilusión de la fe, sino, por el contrario, en esa magnífica lucha interior por creer sin ver y aceptar Su voluntad sin necesariamente comprenderla. Ahí reside el verdadero amor de Dios, donde el alma se entrega a Él sin buscar una «recompensa» sentimental y encuentra en realidad una paz interior mucho más profunda y sólida. Es en esta maravillosa paz de una fe total que Nuestra Señora, a pesar de esta última separación de su Hijo, ascendió al Cielo en esta fiesta de la Asunción.

Entonces, pase lo que pase, cuando sintamos menos o nada la presencia de Dios en nuestras oraciones o en los acontecimientos de nuestra vida, no nos preocupemos. **Es en esos momentos cuando Dios nos eleva más.** Y si nos asalta la duda, lo cual es normal, retomemos las palabras de Santa Teresa de Ávila: *«Que nada te turbe, que nada te espante, todo pasa, Dios no cambia, la paciencia todo lo consigue; quien tiene a Dios nada le falta: solo Dios basta»*.

Abordemos ahora el fruto del misterio: la gracia de una buena muerte. Si rezamos en cada «Ave María» por la hora de nuestra muerte, si la gracia prometida por la Santísima Virgen con los cinco primeros sábados del mes se refiere a su ayuda en nuestra muerte, es porque ese momento es crucial para nuestra salvación. Sería un error no prepararnos para ello. Esa hora será, en efecto, la última batalla, en la que Satanás lo intentará todo por última vez para arrastrar nuestra alma al infierno. En ese momento, probablemente no tendremos mucha fuerza para luchar y, precisamente, si no hemos preparado esa hora con María durante toda nuestra vida, ¿cómo podremos resistir los ataques del infierno?

*«¡Oh, María, has dejado la tierra y has llegado al cielo, donde reinas sobre todos los coros de los ángeles, como canta la Iglesia! Sabemos que nosotros, miserables pecadores, no éramos dignos de tenerla con nosotros en este valle de tinieblas; pero también sabemos que, en medio de su grandeza, no nos ha olvidado, por pobres y miserables que seamos. Tu elevación solo ha servido para aumentar tu compasión por nosotros, hijos de Adán. Desde lo alto de tu trono celestial, dirige ahora sobre nosotros, oh María, tus ojos misericordiosos, ten piedad de nosotros, míranos, socórrenos, mira a qué tormentas, a cuántas luchas estamos expuestos mientras permanecemos en la tierra. Obtén para nosotros, por la santidad de tu muerte, la perseverancia en la gracia de Dios, para que, al salir de esta vida, nos unamos a los espíritus bienaventurados y cantemos tus alabanzas como tú mereces. Así sea. San Alfonso de Liguori*